

## LA LUZ VIOLETA

Aquel año en Sevilla, se celebraba el Congreso Mariano y numerosos Prelados se habían desplazado a esta ciudad, para enriquecer esas magnas jornadas con sus visitas y oratorias.

Amaneció una espléndida mañana y la primera luz de ese crepúsculo matutino, iba encendiendo poco a poco una preciosa casa de la calle Alcázares. Una gran emoción invadía este convento que Madre Angelita había fundado poco tiempo atrás.

*- Mis queridas hijas: Hoy esperamos al Ilustrísimo Sr. Obispo Prior Monseñor Esténaga, viene de Ciudad Real y debe estar todo listo, limpio y preparado para recibir a tan respetable visita.*

Un ir y venir de hermanas corrían emocionadas por los pasillos y preparaban su humilde morada para recibir al Sr. Obispo y agasajarle como se merecía. Guirnaldas de hiedras y jazmines adornaban los pasamanos de las escaleras, coronas de azahar y romero ataviaban el dintel de las ventanas y tiaras de geranios y buganvillas rodeaban la puerta de entrada.

Monseñor Esténaga era un gran admirador de Madre, de su humildad, de su alegría, de su ya notable santidad y de la inconmensurable obra que Ella había realizado. Con una sonrisa llena de paz y llena de Dios, Madre recibió al Prelado y a sus acompañantes, rodeada de sus queridas hermanas.

El Sr. Obispo saludó a Sor Ángela lleno de admiración y entusiasmo. A esta mujer, que con su pequeñez de cuerpo ponderaba su grandeza de alma.



Madre Angelita lo invitó a pasar y él quedó admirado de la sencillez y nobleza de este grupo de mujeres que vivían en la pobreza y seguían el camino de la paz, dándose a los demás. Todas ellas enaltecían su amor y lo elevaban al cielo por un madero vertical y lo esparcían al mundo a través de otro madero horizontal y con los dos unidos, formaban la cruz.

Casi sin pensarlo, Monseñor se quitó su anillo pastoral y lo colocó con cariño en el dedo de Madre.

*- Madre, este anillo quiero que lo tenga su caridad mientras dure la visita.*

Todos creían que Madre Angelita se escondería bajo una loza o se hundiría avergonzada y ruborizada, o que el resto de las hermanas alarmadas mirarían al cielo inquietas. Pero no, ella sonrió dulcemente y como lo más natural del mundo contestó:

*- Monseñor, muchas gracias, es un halago para mí, ¡eso está muy bien!*

Y sonriendo, miro su blanquísima mano, admirando el precioso "préstamo" que el Sr. Obispo le había hecho.

Recorrieron la casa entera... ese humilde dormitorio de tarimas y cruces, un austero comedor con cubiertos de madera y jarras de barro y el bello y pulcro patio, rodeado de macetas de pilistras y helechos. Todo blanqueado y resplandeciente, reluciente como el sol que traspasaba la vela por unas rendijas y que cubría, a modo de toldo, ese precioso patio sevillano.

Pasaron a la sala de comunidad y el Prelado les habló como él lo hacía. Y... todos miraban ese anillo que seguía adornando el pequeñísimo dedo de Madre. Y Ella tan normal, quizás pensó que todo era obra de Dios y por tanto muy digno de ser bendecido.

La visita había terminado, el Sr. Obispo Prior de las Órdenes Militares, se marchaba lleno de gozo y admirado de la santidad de Sor Ángela y de la entrega total que esa mujer tenía.

Ya casi en la portería, el Sr. Obispo se volvió a Madre, recogió el anillo de su dedo y lo besó con fervor. Ella siguió quieta, serena, tranquila y con esa humildad que era un total olvido del sí.

La luz violeta

Un rayo de sol, más brillante, luminoso y ardiente que nunca, atravesó la amatista de tan singular anillo e inundó con su luz violeta la cara de nuestra Santa. Sí, violeta, como la humilde flor que siempre Ella elegía para adorar al Santísimo.

Hoy celebran una doble festividad en el cielo. Hace 25 años, su Santidad el Papa Juan Pablo 11, también visitó a Sor Ángela en Sevilla para beatificarla. Esta ciudad vistió sus atuendos de gala para recibir en casa al Santo Padre, y hoy todos esos espíritus celestiales que moran en el paraíso, acompañan a Santa Ángela por un bonito pasaje celestial, para elogiarla y alabarla.

Han erigido una cruz sobre un nimbo celestial y de esa cruz parte un camino largo, luengo, difuso y hoy, 25 años después, celebran que muy pronto, en el reino celestial y rodeado de ángeles sentados en nubes blancas, habrá un nuevo beato que recorrerá los caminos del cielo.

Pequeños querubines revolotean alegres sobre burbujas cristalinas, que se posan a los pies de Madre Angelita para escoltarla. Ella lleva un ramo de violetas en sus manos y espera a alguien, quiere agasajarlo, quiere recibirlo en su casa del cielo, como aquella vez que lo recibió en su casa de la tierra.

Él ya ha llegado. Una lluvia de pétalos los envuelve y rodea como halo de amor. Un rayo de sol, más brillante, luminoso y ardiente que nunca, atraviesa una humilde violeta de tan singular ramo, e inunda con su luz malva al igual que una amatista, la cara de un futuro beato, de un futuro santo, de un mártir de Ciudad Real.

Ese mártir que subirá a los altares y que un día visitó a Madre en su casa, aquel año en el que en Sevilla se celebraba el Congreso Mariano.

M<sup>a</sup> Pilar Ruiz Hurtado.